

# Ra

El por qué de algunas cosas

## U

na mañana de Marzo, tibia y húmeda de una primavera continental, todos salimos rumbo al coche, para la faena diaria de llevar los niños a la escuela. Esa mañana nos esperaba una sorpresa sobre uno de los sofás del porche.

Allí estaban cómodamente echados una gata con sus dos crías, quienes al vernos tan sorprendidos como nosotros quedaron, echando a correr despavoridamente mientras que con ojos entre atónitos y sonrientes les veíamos saltar al suelo o sobre las macetas colocadas estéticamente en el lugar para ornamental el área del jardín. Espantados se alejaron, perdiéndose los tres escaleras abajo para refugiarse en la parte inferior del jardín. Sentimos las plantas en su batir de hojas al paso de mamá felina y sus cachorrillos. Les dejamos entre sus miedos recurrentes por la presencia humana de ancestrales herencias de atropellos y maltratos, continuando nuestro andar hacia el coche que nos esperaba ecuánime luego de toda una noche de paz bajo el sereno refrescante.

De regreso, les veo nueva y plácidamente echados sobre el mismo sofá de mimbre en pleno apogeo de un descanso requerido, sabrá Dios por la noche que se vieron forzados a vivir, y otra vez más mamá gata alzó su escuálida figura de blanco y negro en dispersas y espesas manchas sobre su cuerpo, para lanzarse en una fuga rauda en caso necesario, pero pasé de largo, regalándoles una sonrisa que les cohibió de correr despavoridos nuevamente rumbo a la parte baja del jardín.

Mis pasos fueron directo a la cocina en busca de mi desayuno diario, allí me esperaba mi amor envuelta en su bata de noche, con una taza roja de café entre sus manos, invitándome a sentarme a su lado para tener una plácida y confortable plática mientras tomábamos nuestro café.

\_He visto una cría de gatitos en el jardín... corrieron al vernos salir.

\_Asustados seguramente.

\_Sí, como nos pasó a nosotros también...

\_Pobrecillos, seguramente han de estar hambrientos y la madre los trajo a refugiarse aquí.

\_Seguramente eso ha hecho ella... les daré algo de tomar, va y a lo peor pasaron mala noche.

\_¿Y cómo crees que la pasaron?

\_Mal -respondía mientras me alejaba con una vasija en mano repleta de leche y otra con agua-.

Les vi otra vez, dormidos profundamente que no atisbaron mi presencia, solamente al colocar las cacharras sobre el suelo, mamá gata y uno de los gatitos, el manchado igual que su madre, abrieron sus ojos y en plena actitud de defensa erizaron sus pelajes, sacando sus aguerridas uñas. El negrito como la noche, dejó para luego la estampida, el sueño le impedía movimiento alguno, estirando su cortita figura sobre el mimbre del sofá. Sin previo aviso, corrieron la madre y el gatito manchado, seguido luego por el negro como última alternativa prevista por él, quien al verse solo ante mi presencia decidió poner pie en polvorosa por un *¡Por si acaso!*

Entre el blanco sofá y una de las macetas que contiene nuestras rosas de enredaderas, les dejé ambas cacharras para su alimentación y saciar la sed de toda noche y me vine nuevamente a mi cómoda cocina a terminar de ingerir mi desayuno.

Olvidado ya de aquellos animalitos salimos rumbo a nuestras faenas de cada día y allí vimos otra vez a mamá gata y sus gatitos, pero sin nada que indicara que alguna vez hubo agua o leche en las vasijas dejadas. Todo lo habían devorado, intentando satisfacer el hambre por vivir arrabaleramente, pero esta vez ninguno de los tres se fueron del cómodo sofá, unas lánguidas miradas, quizás de agradecimiento, llegaron a nosotros, devolviéndoles una sonrisa a sus infelices y brillantes ojos.

Día a día fue repitiéndose lo mismo, ellos corriendo a refugiarse a la parte baja del jardín, tras el ficus verde bosque o tras la reja de la verja de la propiedad. Nos observaban intranquilamente, sólo el minino negrito dejaba pasar unos segundos para emprender su escabullida junto a su hermano y madre.

Un día, intentando crear amistad entre ellos y yo, me acerqué cuidadosamente. Mamá gata no se alejó del lugar, pero permanecía en vigilia, observando cada movimiento mío para descubrir el peligro en alguno de ellos... nada vio y pude llegar hasta ellos. El manchado miraba aterrorizado, desviando sus ojos hacia la madre o hacia mí. No sabía qué hacer, si correr o como su madre y hermano, permanecer quieto. Lentamente fui acercándome a ellos, en movimientos muy lentos, despacio, para no asustarles. El gatito negro me observaba fijamente, mientras mamá gata se movía a un lado; el manchado caminó hacia mí y tomando esto como aprobación a mi decisión de hacer amistad extendí mi mano a él. Como almas que les llevaba el mismísimo Diablo tanto mamá gata como el negrito pusieron pie -mejor dicho- patas en polvorosa, trepando por el espaldar del blanco sofá, maullando sin parar. Pero en medio de todo este caos de intenciones y celos logré tomar entre mis manos al minino manchado que maullaba lastimosamente, pidiendo muy seguramente en su lenguaje gatuno el auxilio de su madre o que lo soltara inmediatamente... tal vez ambas cosas a la vez, pero al no tener respuesta positiva de mi parte clavó sus pequeñas garras en mi piel, arañándome la mano y en un acto primitivo de supervivencia le largué al suelo, viéndolo volar, más que correr huyendo de mi agresiva presencia.

Alguna que otra vez, nuestra aristocrática gata, nombrada Isis, en honor o recordatorio -no sé bien- a la diosa egipcia de los tiempos de antes del tiempo, observaba desde su real posición el desarrollo de tan plebeya situación. ¡Gatitos! seguramente se decía, pensando que le tumbarían su real posición, pero sin llegar jamás a ponerles mala cara... todo bien, mientras ellos pernoctan extra muros de su imperio malagueño. Por algo era la madre de todos los dioses y modelo de esposa y madre.

De repente, como llegaron así se esfumaron, desapareciendo de nuestras vidas sin dejarnos carta de despedida, agradeciendo nuestra hospitalidad, alimentos procurados y el habernos hecho los de la vista gorda cuando dormitaban las horas, infectando seguramente de garrapatas y pulgas los coloridos y convenientes cojines. Así se marcharon, olvidándose de nosotros y a los días, nosotros de ellos. Como gatos advenedizos e escurridizos que por casi un mes tomaron nuestro porche de alojamiento y escudo ante los inconvenientes de la vida gatuna en libertinas andanzas.

Nuestras vidas continuaron su ritmo, los niños a la escuela, mi flamante esposa en sus trajines de toda una empresaria olvidadiza y yo... bueno, intentando lograr ser un escritor. Así que cual no sería esa otra sorpresa al ver allí, otra vez, sobre el blanco sofá de mimbre de nuestro porche al felpudo gatito negro, tranquilo de sí mismo, el que jamás fue primero en lanzarse a correr por nuestra presencia, esperando primeramente ver que sucedía y si lo que veía no le era agradable pos pa'qué quedarse donde estaba.

Al vernos salir a todos rumbo al coche, paró su cabecita redonda, repleta de suaves pelos negros como el mismo azabache, dibujados sus redondos ojos con un color amarillo con raja en verde. *¡Qué contraste de colores tiene!...* me dije bajito, impidiendo que el más chico de los niños avanzara hacia él, al reconocer que era uno de los gatitos que un mes atrás, quizás dos, había pernoctado en nuestro balcón. Nos fuimos hablando de él, y que muy seguramente ya no estaría para cuando regresara de dejarles en la escuela. Mas no fue así, allí estaba plácidamente dormido sobre el cojín de coloridos matices en una de las esquinas del sofá, hecho un rollo felpudo en sí mismo; pero al escuchar la cancela abrirse, abrió sus redondos ojos, paró su cabecita negra y como bólido desapareció tras el sofá, pero casi al instante la volvió a asomar, observándome desde el rincón donde se protegía, una vez más... *¡Por si acaso!*

Comenzó una carrera a lograr obtener de él la confianza necesaria para llegarle, tocarle y si todo era genial, pues acariciarle, porque en verdad, es un gato de realeza.

Jamás había soñado con tener un gato como mascota, no me importaban, es más, detestaba a eso cuadrúpedos animalejos que solamente esperaban la oportunidad para zamparse el trozo de carne o el muslo del pollo dejado sobre el mueble de la cocina en lo que respondíamos al teléfono. Afirmando siempre que un gato nunca agradecía lo que le dábamos, lo que por ellos hacíamos para darle una vida de paz y armonía... *¡Un gato!* Si siempre se van tras una gata en celo y regresan a los días hechos unos zarrapastrosos y magullados, a recuperar las fuerzas para la próxima contienda. *¡Una gata!...* *¡Josú!* Si siempre están pariendo montones de gatitos que luego no sabemos qué hacer con ellos. Ambos, tanto él como ella comen sin mirarnos, para no dar las gracias... *¡Tan malagradecidos!* Eso era mi idea de los gatos, así pues, verme ahora tomándole cariño a aquel gatito, era el colmo de mi paranoia. Tal vez los años están comenzando a dar sus frutos.

Pero de apoco, un tantito hoy y otro mañana, un paso atrás y otro hacia delante, fue llevando al convencimiento el bello y lanudo animalito que yo no era un peligro para él. Quizás lo supo siempre y por tanto regresó al jardín de su parvulancia. Cada día estaba allí, dormitando en su cómodo sofá de mimbre, bajo el acogedor techo de cañas plásticas que lo protegían en algo de la inclemencia del tiempo, entre los muros de su bunker donde nadie... ni los maléficos gatos de los arrabales que él transitaba podían dañarle, so pena de salir yo a defenderle del infortunio al escuchar sus pedidos de auxilio.

Me observaba pacientemente, como siempre en realidad hizo, desde que llegó en el mes de Marzo. Esperaba su ración de pienso para gatos que gustosamente se hartaba la ensoñadora, pizpireta y archipija Isis en una de sus alcornitas vasijas para gatos. Ella alguna que otra vez, tras los cristales del salón le miraba con curiosidad, sin preocupaciones al respecto, por ser dueña y señora de estos predios, sin el trono en su cabeza simbolizando su poderío, pero dueña al fin y al cabo. Sin saberlo nadie, ni la propia señorial Isis, el gatito iba tomando posiciones de los exteriores de su castillo, así que lo mejor para los dos fue llegar a un acuerdo de paz... *Tú afuera y yo dentro, pero cada vez que salga...* *¡Please! te alejas de mí.* Pienso que así le dijo ella.

El felpudo gatito de color negro como un visón, de ojos amarillos con su raya verde, se adaptaba a su nueva forma de vida. Llego en horas de la madrugada, cuando muy pronto asomará el sol sus rayos, me echo a dormir a patas sueltas y luego de que ese otro animalito de dos patas que lleva otros como él, pero algo más chicos, a tomar una cosa que hace ruido, alejándose rápidamente; regresa solo luego y me da mi comida, con un poco de agua limpia, en vasijas exclusivamente para mí. Me tiro a dormir nuevamente y ellos andan pa'riba y pa'bajo sin molestarme. Todo esto, muy seguramente se decía el afortunado gatito *¡Qué vida se estaba dando el condenado!*

Yo iba acercándome cada vez más, pero no esta vez como la anterior, más lento, un milímetro hoy, otro mañana, alguna que otra vez la doña asomaba su figura por el porche y le saludaba amablemente, mostrándole su mejor sonrisa, esa que alguna que otra vez me niega por no haber hecho lo ordenado. Así fue, hasta que un día permitió le acariciara, primero fue un simple roce sobre las puntas de su lanudo cuerpo. Suave como terciopelo que brilla bajo la luz del sol. No huía, solamente en actitud aprensiva dejaba que me acercara, permitiéndome sentarme a su lado, hablarle, pero sin movimiento que le condujera al miedo por algún acto de violencia humana. Hablándome en su lenguaje felino tan bajito como le hablaba yo.

Como colofón a la historia, un día nuestro más chico hijo cayó enfermo, atacado, según el galeno, por un virus estomacal que lo llevó del pupitre al *toilet* de la escuela en más de siete ocasiones. Nuestro chiquitín comenzó a darle las preciadas bolitas de pienso de múltiples colores que le satisfacían el hambre callejera, y como tanto el minino como nuestro hijo son precisamente niños, el dichoso animalito permitió sus caricias y cuando salimos presagiando algo horrible, estaban los dos muy acaramelados en el sofá de mimbre blanco con cojín colorido.

\_Deberíamos nombrarle Ra, en honor al dios egipcio que era negro, porque como él es negro... Y como está Isis, que es una diosa, éste no puede ser menos.

Hablaba con su gatito entre las manos, sin que para nada le importara al condenado arrabalero, que tanto nuestro hijo como nosotros, estuviéramos decidiendo qué hacer con sus nueve vidas, ni nuestro hijo que aquel inofensivo minino pudiera dañarle si se asustaba.

\_Ra no era un dios negro -le aclaró la madre, concedora del antiguo Egipto-... A quien te refieres es a Set, el dios... Ra era el dios sol, representado en forma de hombre con cabeza de halcón, con un disco a modo de tocado.

\_Bueno, eso que importa -intervine- se llamará Ra, porque así le has nombrado.

Y sin percatarnos, todos estábamos alrededor del bienvenido animalito intentando llegar a un acuerdo sobre su nombre. Yo había pensado en Jaime, recordando los mayordomos de las viejas películas mexicanas de cuando mi abuela.

Desde aquel momento Ra pasó a ser alguien más de nuestra familia, cada mañana esperaba majestuosamente su porción de alimentos, su clara y limpia agua, para volver a echarse como todo un rey sobre el sofá a dormitar la mañana esplendorosa y repleta de tranquilidad que le ofrecía el imperio de la Isis. Como el propio Dios Ra, desaparecía en la tarde, trepando por el lado Oeste de la casa, para perderse más allá de nuestra calle, retornando por la cancela de entrada situada al Este de la casa, dándole colorido y vida al jardín con sus constantes retozos tras cualquier insecto, hoja o juguete dejado por los niños. Pero una tarde de sábado que nos vimos obligados a dejarlo solo, por ser el cumpleaños del más chico, me observó con su carita entristecida, sentado ante la puerta del garaje, como quien te está preguntando *¿A dónde vas sin mí?*

Y yo previendo sus preguntas le hablé bajito buscando las palabras que lograra comprender, así que le dije:

\_No te preocupes Ra, no demoraremos mucho, sólo vamos al cine y a cenar fuera, hoy es el cumple de tu amiguito Javi, así que puedes esperarnos en tu camita.

No respondió con sus guturales ruidos, pero quedó allí estático desde su cómoda cama de cartón y toallas sin dejar de observarme fijamente, algo entristecido su brillante mirar. Y vio como cerrar la cancela.

Regresamos y ya no estaba, su cama estaba vacía y todo el jardín ausente de sus travesuras, pero como siempre hacia, supusimos que sobre las seis de la tarde se habría

marchado y que regresaría temprano en la mañana, pero esta vez no regresó. Me entristecí al ver que no estaba acostado en su sofá esperando su agua y comida, de que estaba por algún lugar haciendo de las suyas; así, entre salidas a ver si estuviera pasé todo el día y hasta caminé en la noche por los alrededores para asegurarme que vivía, hasta que comprendí que hacía el ridículo buscando un gato callejero que tal vez había decidido emprender su vida olvidándose de nosotros, metido muy seguramente en algún matorral... ya una vez lo habían hecho cuando su madre se fue con rumbo aún desconocido.

Pasó todo el domingo sin rastros del Rey Sol, perdiendo con las horas la esperanza de que regresara, al fin y al cabo era un arrabalero que no tenía por qué estar entre nosotros, y yo me quedaría sin mi *pet*. Amaneció el lunes nuevamente con la tarea de llevar los chicos al colegio y al salir todos otra vez más rumbo al coche, no lo vimos, vacío estaba el lado del sofá que ya era su predio. El trayecto a la escuela fue Ra el tema de conversación, pero al regresar de dejar los kids, allí estaba Ra echado en su majestuoso sofá de mimbre blanco y cojín colorido, entre las rosas de enredaderas y las mala-madres que reverberan ya su maceta de barro esmaltado. Levantó su redonda y peluda cabecita, dejando brillar sus ojillos para incorporarse entre temeroso, en alerta con su... *aquí estoy*.

Me esperaba impaciente, hambriento, comió todo lo que le puse en su vasija verde chatrê y como siempre se trepó en el sofá y cerrando sus ojillos amarillos con la raja en verde, estiró sus patitas para correr entre los brazos de Morfeo, plácida y tranquilamente, como quien deja las responsabilidades para otro. Desde ese lunes de retorno jamás volvió a irse sin dejar de retornar cada mañana, demorando cada día su salida nocturna.

En Ra había algo diferente al resto de los gatos conocidos, no era huraño ni escurridizo, le agradaba estar entre personas y asimilaba muy rápido su nueva forma de vida, claro, siempre estaba en alerta para no ser sorprendido por algún acto iracundo de nuestra parte. Los días le iban dando mayor confianza, se remolaba entre los cojines y algún que otro intento de acercamiento de nuestra parte, cada vez más cerca de lograrlo, dejando escapar miradas de aprobación que me invitaban a tomarle más cariño del que ya le tenía. Le pusimos una caja de cartón recortada de un equipo electrónico comprado y dentro su toalla a rayas que tanto movía de un lado a otro hasta cubrirse el cuerpo.

Cuando descubrió aquella caja sobre el sofá, no sabía para qué sería, me observaba y observaba aquella improvisada cama, hasta que viéndome meter y sacar mi mano decidió entrar y al descubrir que estaba más protegido, como si siempre la hubiera poseído, cerró sus ojillos para dormir impertérritamente, obviando mi presencia ante él. Ese mismo día, en la tarde, tuvimos que salir nosotros y él desde el interior de su nueva cama miró a todos, muy seguramente buscando por qué lo dejábamos solo, nos regañaba con aquellos ruidos de su garganta que no eran precisamente maullidos. Le miré y sonriéndome no me quedó otra que decirle *No demoraremos mucho, si así lo quieres nos esperas dentro*. Nos respondió con sus ruidos guturales, pero quedó allí, estático, desde su cómoda cama de cartón y toalla.

Por el camino hablamos de que tal vez se marchara otra vez, así que con el temor de volviera hacer lo mismo seguimos nuestro rumbo esa tarde. Al retornar estaba allí, en medio del jardín, observando los negros pájaros que descansan entre las ramas del sauce sin importarles su presencia, al descubrírnos corrió a su cama, tapándose completamente y ya dentro de ella, sacó su cabecita observándonos como quien informa que no había olvidado para qué era aquella caja. Todos tuvimos que reír de verlo actuar de esa forma tan especial.

Un día que no se marchó en su acostumbrado horario decidí acercarme e intentar tomarlo, ya mi esposa le había acariciado su felpudo cuerpo en más de una ocasión, dejándose toquetear, pero sin que lo sacáramos de su pavorosa cama; y él como todo un cachorrillo acostumbrado a las caricias humanas, se revolvió sobre el cojín del sofá de mimbre esperando que le tomara entre mis brazos, así lo hice y Ra, como si nada estuviera pasando, entró conmigo en la casa. Miraba todo apasionadamente, descubriendo el mundo interior que veía desde la puerta de entrada, tirado sobre la alfombra vegetal que le servía de afilador para sus diminutas garras, donde también revolcaba su cuerpecito en un juego apasionado a la vez que se afianzaba de sus predios. La Isis, rotunda dueña, me observaba con mala cara por mi osado atrevimiento a semejante desobediencia real; pero el Ra, ajeno y despreocupado a cuanto acontecía, continuaba entre mis brazos totalmente fuera del alcance de Isis, eso sí, algo tenso pero por su nueva aventura. Le solté y como bólico corrió hasta el jardín, deteniendo su huida en el umbral de la puerta y lanzarme una mirada quizás de aprobación y un... *¡Ha sido bueno lo que vi!*

Al fin llegó el día que decidí tomarlo para nosotros definitivamente, pues nos estábamos arriesgando más que todo emocionalmente con él, adquiriéndole más cariño y quizás mañana se marchara y no regresara jamás, dejándonos sin su presencia. Así que, una vez más me acerqué cuidadosamente y con mimos primero, palabras suaves que dejaba le llegaran a su mente felina de andariego bregar y caricias cortas para que se dejara tomar entre mis brazos, hasta que al fin, en un total relax Ra se echó sobre su camita de cartón y toallas permitiendo que mi mano le acariciara su alimentada barriga con la misma comida que ingería cada día su realeza Isis. Era cerca de las cuatro de la tarde cuando con Ra entre mis brazos, crucé la puerta de entrada hasta llegar a la cocina, donde mi esposa trajinaba con los cacharros dejados por los niños.

\_Lo has entrado otra vez...

\_Sí, pero ya para siempre.

\_¿Te decidiste al fin?

\_Es que temo se vaya, le estamos cuidando y los chicos intentan jugar con él, temo que les arañe... Recuerda que Ra es callejero.

\_Te has enamorado del gato... ¡Dilo!

\_Es cierto, es primera vez que me sucede algo así con un gato... Una vez cuando chico tuve un perrito, pero sólo ese y murió por problemas estomacales.

\_Yo te iba a comprar un Bassel, que tanto te gustan.

\_No hace falta, ya con Ra tengo y además es gratis.

\_Eso es cierto... ¿Y qué vas hacer con él?

\_Lo llevaré al sótano, para que se acostumbre a la casa.

\_Pobrecito, al sótano...

\_Si lo dejamos aquí, tan pronto abran la puerta se larga.

\_Eso es cierto.

Bajé con Ra entre mis brazos, él observaba todo asustado, pensando muy seguramente que algo horrible le esperaba al terminar las escaleras de mármol blanco. La luz no era mucha, ya que estamos en reparación del sótano, por lo que algunos muebles en total desorden permanecían allí; y al soltarle Ra corrió justo a ocultarse entre ellos, asomando su cabecita peluda para mostrarme sus brillantes ojos amarillos que ahora mostraban asombro, susto y preocupación por su futuro. Esperé porque se calmara y que nuevamente me tomara confianza caminando hacia mí, cosa que hizo a los pocos minutos, pero otra vez, por un sonido cualquiera de la casa, corrió despavorido hacia su

escondite protector, donde le dejé en paz para que comenzara a adaptarse a su habitat casero. Allí le dejé maullando lastimosamente entre los muebles, oliendo todo, observando todo muy detenidamente mientras yo subía los pasos hacia la parte alta de la casa en busca de su vasija para la comida y la del agua.

Olvidado un tanto de Ra, metido en mis asuntos, sonó el teléfono para avisarnos que nuestro hijo mayor llegaba con su gato Richard a pasarse unos días. Nos miramos mi mujer y yo pensando que tres gatos y uno de ellos recién estrenado sería toda una jodienda, pero ya nada podíamos hacer... *¡No echaríamos a Ra a la calle!* Así que, asumiendo todo con gran entereza, esperamos pacientemente la llegada de Richard.

Richard, un gato muy aventurero, de andar rápido entre las cosas de la casa, observador, husmeador de todo lo que acontece, no es de perder pista alguna. Andarán y algo revoltoso, pero de un amor grande para quien lo tiene entre sus brazos por lo sumamente cariñoso que suele ser. Lo más parecido a un bonsái de tigre sería *El Richard*, con su color gris-amarillento y rayas oscuras que dibujan su estilizado cuerpo de felino amaestrado. Mi hijo lo rescató de la protectora comunal cuando iba precisamente a buscar un gatito, embullado por la estadía de Isis en su casa en las vacaciones de verano, al irnos todos una semana a Alicante. Allí la reina anduvo a sus anchas, demostrando una vez más que era ella la única soberana, y justo el día que regresábamos él iba en busca de un minino.

Richard heredó la cajita plástica de la soberana Isis para hacer sus cositas, sin que dejara su alucinante olor esparcido por doquier. Los rastro y olores dejado por Isis en sus días de veraniego por Alicante hizo que Richard asumiera su nueva vida con la presencia de la gata reina como algo muy normal.

Al entrar *el Richard* a la casa, fue directamente a la cajita plástica de uso exclusivo de la faraona, escarbando, oliendo y abriendo un espacio para tranquilamente depositar sus desechos y luego de una mirada de alivio por el tiempo transcurrido desde que partió de Alicante rumbo a Málaga meó plácidamente. Comenzando su andar investigativo por toda la casa, sin que le importara la presencia magnánima de la gata que ahora con ojos aterrizados le veía, disgustada ya por la inoportuna presencia de Ra.

Bajó raudo hasta el sótano y allí se enfrentaron ambos, *el Richard* y Ra, cara a cara, en medio del desordenado sótano. Nació una amistad que se convertiría en hermandad gatuna, pues ambos no sobrepasan los 6 meses de vida, y como todo cachorrillo que son, el juego les atrapó instantáneamente, dejando Ra a un lado sus miedos a vivir en comunión con seres humanos y unido ahora a su nuevo amigo impondrían los dos sus presencias ante la señora gata.

Entre las cosas que *el Richard* le enseñó a nuestro Ra esa misma tarde, fue usar la cajita donde depositar sus desperdicios, pues al colocarle en el sótano, su antigua camita por arte de magia se había convertido ahora en *toilet* gatuno, Ra me observaba y observaba la caja como pensando que a su cama le había vertido arena dentro... *¿Cómo quiere éste que yo duerma ahí dentro ahora?* Seguramente se cuestionaba el felino arrabalero que jamás había usado tan chic utensilio, y como algo muy normal *el Richard* se coló dentro y ante la atónita mirada de Ra comenzó a depositar sus croquetitas y luego un chorrillo de sus orinas. Acto seguido Ra comprendió el uso de lo que antes fuera su cama del porche y sin más dilación entró también, y como el anterior, dejó allí sus desperdicios. Desde ese mismo instante Ra se convertiría en el gato más casero que hubiéramos conocido. Exigía sus cosas sin que fueran compartidas ni con su amigo de juergas en que se había convertido *el Richard*.

Los días que pasó junto a Richard, Ra aprendió como manejarse dentro de una casa sin tropezar, adaptándose a sus sonidos sin salir como Juan que se mata cada vez que una cuchara caía al suelo o el microondas era encendido. Saltaban juntos, bajaban y subían

como saetas los pasos de la escalera pero *sotp*, se detenía justo al comienzo del otro ramal que lo llevaría hasta la segunda planta. Eso era todo un desafío a su confianza que no estaba aún dispuesto a arriesgar. Se escuchaban los ruidos de los muebles cada vez que saltaban, cuando algo se estrellaba al suelo tirado por ellos dos en sus carreras alocadas. La presencia humana de quienes convivimos dentro fue cada vez llegándole mejor, sin correr al sótano porque uno de los niños intentaba tomarlo entre sus brazos; y cuando *el Richard* partió rumbo a Alicante, Ra quedó sin su amigo del alma, a expensas de los desmanes de la aristocrática Isis, pero una vez más demostró su inteligencia y adaptación, ya que cuando era asechado por la diosa corría a mis pies a darme las quejas con su vocecita suave pero constante de que algo le iba mal.

Ra se aclimató como nadie imaginó a su nuevo habitat, conociendo, descubriendo cada vez una parte de la casa que lo cobijaba, así fue asomando su hocico en el descanso de la escalera procedente del sótano, sin la compañía *del Richard*... solito, mirando hacia todas partes y desapareciendo si alguien realizaba un sólo movimiento que él considerara sospechoso. A veces lo descubríamos en la cocina comiendo del plato de la Isis, bebiendo incansablemente de su vasija, también de la hasta ahora dueña absoluta, pero al atisbarnos desaparecía literalmente de la escena, escondiéndose bajo uno de los sillones verdes hasta que todo volviera a la normalidad.

Cuando los días se sucedieron y tanto nosotros como el propio Ra nos fuimos adaptando, alargándose cada vez más sus pedidos para salir, me pregunté el porqué de Ra entre nosotros, si jamás me habían gustados los gatos y éste, además es tan negro como un azabache, si todos le huyen a los gatos negros cruzando los dedos y diciendo *¡Aza, aza... gato!* Muy seguramente debía existir un hueco místico que desconocía hasta ese instante, pero que lo descubriría alguna vez.

Al estar ya seguros que Ra era todo un gato de casa, tan aristocrático como la faraona, lo llevamos al veterinario y allí, luego de vacunarle e implantarle su chip, planeamos su futuro como mascota, así que le pusimos fecha para de un *bisturísazo* desaparecerle sus bolitas colgantes y así eliminar la puñetera manía de todo gato de marcar su territorio con su penetrante olor esparcido como surtidor en cada lugar que le venga en ganas al enano felino. Cuál no sería el asombro al verlo saltar y brincar de alegría en el coche al descubrir que retornaba a su casa... jamás algo así había sido registrado en los anales de la vida de un gato doméstico, menos verdulero como era Ra y al soltarlo mi esposa, corrió hecho un zeppelin hasta el garaje de la casa a esperarnos allí sentadito a que le abriéramos la puerta y como todo dueño de sus predios, con su cola en alto, penetró hasta su sótano.

Pero nos vimos en la penosa necesidad de volverlo a llevar al doctor, porque Ra comenzó con diarreas y aspecto que dejaba que desear, tumbándose a cada momento en cualquier rincón. Esto fue toda una odisea luego, él a no tragarse la píldora y nosotros a colársela en la boca. Arañando, zafándose de los brazos para correr esta vez al lugar más cercano donde esconderse, así logramos al menos darle a tomar dos de las seis píldoras requeridas para su mejoría. Al final, descubrimos que todo fue por lo comilón que era y dejándole menos cantidad en su vasija personalizada, obviando sus impertinentes maullidos por una supuesta hambre que no era más que glotonería felina de arrabalero vivir, medio muerto de hambre vieja, comenzó a curarse.

Como todo animalito de casa que trastea en todas partes, se cuela en el lugar menos imaginado y se acuesta en la primera cama que encuentra en su andar. Por lo que decidimos que habría que bañarle. *¡Vaya pretensión!*... pensamos, pero no, Ra dejó que su cuerpecito lanudo como un visón fuera mojado con uno de los nuevos líquidos para gatos que cumplen doble función... le limpian y le eliminan su animalejos indeseables. Al terminar su primer aseo desde que nació como gato, pues viéndolo actuar creo

fervientemente que este animalito fue un humano en su anterior vida, no hizo ni el menor intento de sacudirse, como era lo normal, sino que se miró su brillante y suave pelo, y con suma alegría caminó con su cola erguida, pavoneándose por la cocina.

Esa noche dormiría el pobrecillo en nuestro dormitorio, junto a la archipija Isis que le miraba como el intruso en sus dominios. Algún que otro regaño de su parte y el Ra quejándose de los maltratos inmerecidos de la gata convertida por obra y gracia de mi esposa en diosa absoluta de la casa. Ahora debía compartir no sólo la casa, sino también el dormitorio, la esquina de la cama donde ella pernocta y seguramente hasta el instante en salir cada mañana a desayunar... *Desde ahora no será por mí que se levante luego de sonar el despertador* -pensaría la Isis-, cuando iba a lamerme la mano para que despertara de una condenada vez y abriera la puerta del dormitorio, permitiéndole salir rumbo a la cocina. Ya no sería ella la única por quien depositaremos una caricia en su lomo, estaba siendo compartido todo y esto era inaudito para su imperio. Su mundo se desmoronaba por instantes sin que lograra detener el improperio y Ra, ajeno a todo su malestar, dormía a patas sueltas sobre la cama justo a los pies de nosotros, hasta que descubrió que en medio de los dos dormía más calentito.

Al retornar nuevamente *el Richard* por un fin de semana, recordaron sus instantes vividos y una inmensa alegría les arropó a los dos, a tal punto que Richard le pedía a mi esposa que soltara de sus brazos a Ra y así poder jugar a esas horas tardías de la noche. Ambos reanudaron sus andadas y el retozo comenzó a los pocos segundos de ser soltado Ra. Esa noche no durmió Ra junto a nosotros, sino con Richard en el sótano, brincando y saltando por doquier. Esta estadía *del Richard* sería su última vez que estaría como todo un gato macho, pues se convertiría en un peluche al dejar sus aditamento sexuales en el salón del veterinario, ya que comenzó a dejar por todos lados su marca absoluta, llegando a apestar insoportablemente la casa y temiendo que mi hijo lo lanzara por la ventanilla del coche en su vuelta a Alicante, o que mi esposa lanzara uno de sus escalofriantes gritos de *¡No puedo más!*, sin permiso del dueño y a expensas de su profundo sueño, me llevé *al Richard* al mismo veterinario que en días venidero dejará a Ra como un felpudo muñeco vivo.

Pobre Richard, regresó acongojado, doliéndole sus posaderas sin saber por qué, sintiéndose algo extraño y menos pesado, y Ra observando todo como quien sabe que será el próximo. Cosa que no impidió que jugaran al cabo de las horas como si nada hubiera sucedido... Al final, que otra cosa podrían hacer, Richard ya no tendría más sus bolitas y Ra, al no ser que decidiera marcharse definitivamente, se convertiría a la misma religión que *el Richard*.

La despedida, como todas, fue triste para ambos, Richard por vez primera no deseaba irse y Ra quedaría solo, una vez más bajo la lupa de Isis quien no le pierde ni pies ni cola, pero que nada puede hacer cuando los dos amigos se confabulan contra ella, haciéndole la vida insoportable, terminando por desear dormir en el *solarium* bajo el frío de la noche que permanecer junto a ellos. Ya que *el Richard* pasa literalmente de ella, importándole un necio comino su presencia.

Las navidades llegarían pronto y los niños irían junto a sus abuelos a pasar Noche Buena y esperar la Navidad, para luego retornar a casa y todos pasarla de maravillas en Noche Vieja y Año Nuevo, por lo que mi esposa salió a buscarles, pero infortunadamente no lograron pasaje de vuelta hasta días después de Año Nuevo, así que me vi solo, completamente solo todas las fiestas de Fin de Año. Dos semanas sin nadie, sin el ir y venir de ellos, sin sus broncas por la computadora, sin ver quien se bañaría primero, sin escucharles pelear por lo más tonto que hubiera.

No asimilaba mi soledad y cada día era un tormento para mí, hablábamos por teléfono cada día, nos enviábamos mensajes constantemente, pero me sentía solo como un pulpo

en medio de una cochera, sin saber para dónde tomar. Las noches eran lo peor, no estaba mi esposa a mi lado brindándome calor con su cuerpo, conversando hasta que alguno de los dos quedamos rendidos ante el reparador sueño, haciéndose un cúmulo de horas insoportables que estaban ya atentando contra mi paciencia. Mas Ra estaba junto a mí, sin perderme un instante, donde iba como el primero, hablándome en su lenguaje gatuno que a veces comprendía pero otras metía la pata hasta el cuello, sin que él se molestara, una y otra vez intentaba hacerme comprender lo que quería, hasta que por cansancio o por un chispazo de alguna de mis congeladas neuronas entendía lo que mi adorable minino deseaba.

Dormimos juntos, uno al lado del otro compartiendo la soledad en que nos vimos expuestos por un azar de la vida y la noche de Fin de Año, cuando más angustiado me sentía, cuando más desesperado y atormentado estaba porque el año terminaba y mi familia estaba lejos, Ra estuvo junto a mí, comprendiendo mi pena y mi angustia, acariciando mis manos, lamiendo mi cara en demostración de su amor incondicional, corriendo a echarse sobre mi pecho para dejarme verle tranquilo, diciéndome con su amarilla mirada que estaba junto a mí... que no me sintiera solo, y comprendí en aquel único instante de frustración que este era el por qué de su llegada, porque la vida lo sabía de ante manos y tal vez llegó para justamente no estar solo en un momento así. Y recordé los instantes que vino a mí corriendo, trepando hasta mi cabeza para desde allí observar tranquila y atentamente lo que hacía en la *lap-top* en horas aburridas de la noche, mientras escribía uno de mis libros, en plena y absoluta soledad navideña.